



# CAPÍTULO 1

*Kate Kole y la taza matutina de asesinato*

El asunto con Kate Kole era que el nombre de Kate Kole no existía. Y aunque los nombres falsos no importen en algunas situaciones (como cuando se conoce a alguien nuevo, personalidades de las redes sociales, pseudónimos para escritores y cosas así), en esta historia, importaba mucho.

Mientras que el verano se escurría por las grietas del mundo y el otoño barría sobre Toronto con besos fríos y dejaba un mosaico de hojas rojas y anaranjadas, una chica humana de cabellos color borgoña estaba sentada en un rincón de una cafetería con la nariz metida en un libro. El cuello de su suéter amarillo favorito la mantenía calentita y cubría el tatuaje de montaña que tenía en el cuello. Pero a pesar de lo que podía haber parecido, Kate Kole no estaba allí para beber café.

El ambiente olía a *croissants* recién hechas y a granos de café molido, y lo completaba la cálida fragancia del ambiente de pueblo pequeño, aunque la cafetería estuviera ubicada en el medio de la ciudad. Las personas

mayores y los adultos más jóvenes se movían de a dos o en grupos, reían y bebían, leían y toqueteaban las pantallas de sus teléfonos. Aquellos sonidos eran música para los oídos de Kate, quien abrió una gruesa novela, la presionó hasta que el lomo crujió y extrajo un bolígrafo para escribir notas en el margen. Después de tacharlas dos veces y de reescribirlas hasta que estuvieran perfectas, dejó el bolígrafo a un lado y levantó otra vez el libro. Leyó las palabras en voz baja, pero en el volumen suficiente para que las personas que pasaran por allí pudieran suponer que estaba loca y que era rara y no quisieran ocupar el asiento frente a ella.

Su teléfono vibró. Ella lo ignoró y cambió de página.

La campana de la puerta tintineó y un aire frío se coló en el espacio cálido. Kate levantó la vista de su novela.

Un hombre entró y se dirigió al mostrador.

Kate no podía dejar de mirarlo. Llevaba un traje negro ajustado que lucía como una armadura salida de una película de fantasía; y tenía el ceño fruncido como si se hubiera cruzado con algo desagradable. Por un momento, Kate no supo decir si era un arrogante, un autocomplaciente, de esos chicos de fraternidades o si era un nerd absoluto obsesionado con un fanfiction. Por un lado, era atractivo: tenía unos ojos que irradiaban un color marrón claro como oro; pero por el otro, su *atuendo*...

Ella se preguntó si sería inapropiado o ilegal tomarle una fotografía mientras él no la estuviera viendo. Esa era una de esas cosas gracias que tendría el poder de levantarle el ánimo más tarde si llegara a tener un mal día.

—Dame una bebida —le dijo él a la joven que estaba detrás del mostrador. Le chasqueó los dedos en su rostro, luego se cruzó de brazos y soltó un resoplido gruñón. Observando, Kate bajó el libro.

Conque se trataba de un arrogante y autocomplaciente.

–¿Qué desea? –preguntó la cajera con una voz que era más dulce de lo que el sujeto se merecía.

El resoplido de él se oyó tan alto que Kate pensó que había generado una tormenta de viento más grande que la que en ese momento acechaba sobre Toronto.

–¿Qué deseo? ¿Que qué *deseo*? ¡Una bebida! –Golpeó la mano sobre el mostrador y volcó una taza que contenía sorbetes. No los recogió.

Kate devolvió la mirada a las páginas de su novela. Tomó el bolígrafo y se puso a clicar el botón como diez veces.

–No es mi problema –murmuró para sí, volviendo a transformarse en la chica loca y rara con la que nadie quería sentarse. Y se puso a corear, casi como una canción–: Déjalo pasar. Déjalo pasar.

La chica detrás del mostrador apretó unos botones de la caja registradora.

–Tienes que elegir algo del menú –le dijo al tipo y señaló el pizarrón que contenía más de veinte bebidas con cafeína que iban desde unas con granos de café tostados hasta otras a base de leche y crema batida arriba.

Los ojos dorados del chico repasaron rápidamente las opciones:

–Caramelo... granizado... moca... *largo*... –murmuraba como si jamás en su vida de cerebritito hubiera dicho “*caramelo*” o “*moca*”. Kate reprimió una risa por la nariz cuando lo oyó leer–: ¿Ma-si-a-to?

El chico cerró la boca, devolvió la mirada fulminante hacia la cajera y gruñó:

–¿Estás sorda, tonta fémina? Dije que quería una bebida. ¿O acaso eres estúpida?

Kate cerró el libro de un golpe.

Se levantó, se cruzó de brazos y se puso la novela de misterios de *Bella Stone* debajo del codo. Se acercó a paso tranquilo hacia donde el

tipo de ojos dorados liquidaba con la mirada a la cajera sonrojada, quien intentaba balbucear una disculpa. Kate tocó de forma casual un servilletero de metal y lo hizo girar de manera tal que el sol de la mañana se reflejó en los bonitos ojos del chico. Él hizo un gesto de dolor hacia la luz resplandeciente.

–Podrías ser más amable. Solo es humana, sabes –dijo Kate.

Los ojos dorados acuosos viraron hacia Kate.

–Exacto –murmuró con asco y empujó el servilletero del mostrador, lo cual hizo que se oyera el estrépito a metal por toda la cafetería.

Kate parpadeó hacia él con lentitud.

La cajera deslizó un café por el mostrador con las manos temblorosas y el tipo soltó otro resoplido ventoso.

–*Por fin*. Qué sirviente tan tonta –masculló, y Kate se apresuró a tomar el café.

–Deberías irte –le dijo.

La mirada fulminante de él se incrementó. De todos modos, estiró una mano para tomar el café, pero Kate apretó los dedos alrededor de la taza cuando él intentó quitárselo.

–Si lo quieres, entonces págale –dijo ella, asintiendo en dirección a la cajera–. Y déjale una buena propina por haberle arruinado la mañana. Luego podrás beberlo.

Un extraño calor se esparció alrededor del mostrador. Por un segundo, Kate se preguntó por qué demonios se había acercado. Le echó un vistazo a la cajera sonrojada, quien no parecía tener el valor de pedirle al tipo que pagara.

Como Kate no mostró señales de querer soltar la taza, las fosas nasales del chico se abrieron:

–No tengo monedas –dijo con un gruñido y ella soltó una risa áspera.

—¿Quieres decir que viniste aquí muy campante con esa actitud de superioridad moral y esperabas que te dieran un café sin pagar? ¿Acaso eres descortés o es que tienes un trastorno de tolerancia? ¿Tu cerebro es una pasa de uva o qué? —Kate le dio un gran discurso a propósito, aunque no estaba segura de si eso la hacía sonar inteligente. O si había usado las palabras de forma correcta.

El sujeto le quitó el café de las manos y ella chilló. El líquido caliente le quemó los dedos y dejó un charco con forma de flor sobre el mostrador.

—Entonces me iré —anunció él.

Se volteó para retirarse y un calor le subió por el cuello a Kate. Apretó los dedos alrededor del libro. Lo siguiente que supo fue que le estaba arrojando a *Bella Stone* por la nuca. El sonido que hace un librote al golpear a un completo imbécil es uno espléndido.

El café del tipo se desparramó por el suelo junto con la novela de Kate. La cafetería entera quedó en silencio sepulcral, los únicos sonidos que se podían oír eran los motores amortiguados de los coches y la respiración fuerte de Kate. Si aquellos aficionados al café todavía no creían que era rara y loca después de haberla oído murmurar en voz alta por la mañana, ahora lo harían. La mesa sería de ella por siempre.

—No te irás hasta que no le pidas una disculpa —dijo con una garganta seca que se encogía ante las treinta miradas alarmadas—. No puedes tratar así a las personas...

El tipo se volteó y Kate saltó al verle la mirada. No podía quitar la suya de aquellos ojos amenazantes con el brillo venenoso de la muerte hambrienta. Movi6 la boca, pero las palabras que quería decir estaban congeladas en su lengua. Logró gemir un:

—Yo...

Él arremetió.

Kate chocó de espaldas contra el mostrador cuando el hombre la tomó del cuello. Su cuerpo se agitó con el único movimiento de artes marciales que recordaba y lo pateó.

La patada fue más fuerte de lo que quiso. Lo observó horrorizada rodar hacia atrás, aletear los brazos al resbalar con el café derramado y caer sobre la mesa más cercana.

Cuando la cabeza golpeó contra la superficie el *ruido seco* fue lo suficientemente fuerte como para que el ajeteo de la ciudad se acallara. Sus extremidades quedaron flojas y rodó por el suelo, con los ojos dorados mirando fijo hacia la nada.

El tiempo se volvió lento. Un silencio de tensión reverberó por toda la cafetería como el hálito helado del invierno.

Una mujer chilló en un rincón.

La cajera detrás del mostrador dio un grito ahogado.

La repentina necesidad de vomitar las *croissants* especiales del día aparecía de a poco en el vientre de Kate al hacerse evidente que, para quienes estaban bebiendo café allí esa mañana, Kate Kole había asesinado a alguien.